

Devocional, domingo 13 de agosto del 2017

¡Fíjense qué gran amor nos ha dado el Padre, que se nos llame hijos de Dios! ¡Y lo somos! El mundo no nos conoce, precisamente porque no lo conoció a él.

Queridos hermanos, ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser. Sabemos, sin embargo, que cuando Cristo venga seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es.

1Jn 3:1-2

Juan quiere hacernos recordar un hermoso privilegio que tenemos, el de ser llamados hijos de Dios, y no solamente el ser llamados como sus hijos, sino que verdaderamente fuimos transformados en sus hijos, lo que nos debe hacer meditar en esta hermoso privilegio, por lo menos en cinco puntos:

Primero, el Dios todopoderoso, creador del cielo, la tierra y el universo entero, nos ama. Algo increíble, somos un depósito de su amor, y lo demostró actuando a nuestro favor.

Segundo, Dios estuvo dispuesto a tomarnos como sus hijos, entregado voluntariamente a su Hijo Unigénito, para morir por nuestros pecados y lograr nuestro perdón y posibilitar nuestra adopción celestial.

Tercero, no fue un acto simbólico en el cual fuimos adoptados por Dios, sino que verdaderamente nuestras vidas fueron transformadas y pasamos de ser criaturas condenadas a una eternidad lejos de Dios, a ser sus hijos coherederos con Jesucristo.

Cuarto, la obra que comenzó en nosotros, aún no termina, dentro de poco tiempo, nuestros cuerpos serán transformados aún más, de tal manera que seremos semejantes a Jesucristo, lo cual fue confirmado con su resurrección de entre los muertos.

Quinto, por fin podremos ver a Dios, directamente, sin intermediarios. Nuestros ojos verán a nuestro creador y estaremos una eternidad viviendo con él.

Estos cinco puntos son muy importantes para los que han conocido a Dios, y nos hacen vivir agradecidos y en un continuo aprender, guiados por nuestro amor a Dios, reflejado en nuestra obediencia a Él, lo cual nos anima y da esperanza, porque dentro un poco de tiempo, las cosas serán aún mejores para nosotros.

Por eso Juan nos estimula en este capítulo a que según esa esperanza, nos apartemos del pecado y de toda cosa que ofende a Dios, porque como sus hijos, ya no debemos practicar el pecado, aunque nos haga parecer extraños o distintos, debemos vivir consagrados a Dios, esperando su regreso.

Y por tal motivo, el mundo no nos puede entender, ni aceptar, porque nuestros parámetros de vida, son distintos a ellos, están centrados en Dios, y como el mundo no lo conoce, les parece absurdo y aburrido, pero nosotros sí sabemos cuál es nuestra esperanza e identidad, somos hijos de Dios y él regresará por nosotros para disfrutar juntos una eternidad.

Sería bueno, que durante esta semana, meditemos en estos cinco puntos, porque nos harán entender en parte, lo maravilloso de llamarnos hijos de Dios, si verdaderamente le conocemos.